

Panorámica desde el lago Josephine, en Montana. Abajo, Kevin Canty
KATHLEEN REVIS / NATIONAL GEOGRAPHIC / GETTY IMAGES



Novela Fusionarse con la naturaleza, plegarse a los recuerdos, pescar truchas y buscarle un sentido a la existencia. Kevin Canty se suma a otros cronistas de los grandes horizontes en su encuentro con el mundo contemporáneo

Cómo encontrar la redención en Montana

Kevin Canty
Todo / Tot
Traducción al castellano de Damià Alou y al catalán de Josefina Caball

LIBROS DEL ASTEROIDE / EMPURIES
272 / 224 PÁGINAS
18,95 / 18,90 EUROS

ANTONIO LOZANO

En su trayectoria orbital el sello Libros del Asteroide ha ido sintiendo con ímpetu creciente la atracción del planeta Montana. La sola pronunciación de su nombre ya evoca un vertiginoso pulso entre dos líneas que se proyectan hacia el infinito: una vertical, definida por sus cúpulas celestes, y otra horizontal, conformada por sus praderas. Discurriendo entre los ejes de estas superficies tan inmensas como deshabitadas, una algarabía de montañas y ríos.

¿Qué le resta hacer al ser humano ante semejante despliegue de rotundidad y trascendencia? Fusionarse con la Naturaleza, plegarse a los recuerdos, pescar truchas y buscarle un sentido a la existencia. Es lo que en una u otra medida han practicado los pobladores de estas tierras que protagonizan *Una temporada para silbar* de Ivan Doig, hijo de colonos y rancheros de origen escocés y que fuera granjero antes que escritor, o *El río de la vida* de Norman MacLean, hijo de un pastor presbiteriano y que fuera leñador antes que escritor. Ambos trabajaron para el servicio forestal.

Ahora es el turno de Kevin Can-



ty de completar el trío de cronistas de Montana en la editorial barcelonesa -que, recordemos, ha ampliado su interés por el Oeste americano con tres novelas de Wallace Stegner: *En lugar seguro*, *El pájaro espectador* y *Ángulo de reposo*- después de que Salamandra publicara en 1997 sus relatos *Ajenos a este mundo*.

Al igual que MacLean (o Thomas McGuane, autor de una estupefaciente novela ambientada en el mismo estado, *Quédate con el cambio*, en Anagrama) Canty no es ori-

Su técnica se asemeja a lanzar sin descanso el sedal a las aguas turbulentas donde faenan los pensamientos de sus criaturas

ginal del estado que ha devenido su escenario literario (sólo Doig lo es), pues nació en Lakeport (California) en 1953, si bien se trasladó de joven a Missoula. Antaño *melting pot* de vaqueros, leñadores y bohemios, los amantes del género negro americano asociarán de inmediato la ciudad con los últimos años del gran James Crumley (*El último buen beso*), acelerando su final acodado a la barra de algunos

de sus bares de tentador timbre: Luke, Cabin, Flame, Flamingo Road...

Profesor de la Universidad de Montana y colaborador habitual de *Vogue*, *The New York Times* y *Playboy*, entre otros medios, Kevin Canty ha colgado en su página web unas fotografías de las vistas de las que goza desde la cocina de su casa, situada en la ladera oeste de las Montañas Rocosas, a 246 pies de altura, dentro de un barrio en el que muchos vecinos han levantado vallas de tres metros para protegerse de la visita de renos y alces. Barreras de no menores dimensiones, aunque de naturaleza emocional, han construido los protagonistas de *Todo*, cuarta novela de Canty, a sumar a sus tres colecciones de relatos.

Durante un año contemplamos al solitario dueño de una tienda de artículos de pesca que bebe en exceso, RL, y al trío de mujeres que lo circundan -su amiga viuda, June, su expareja enferma, Betsy, y su insatisfecha hija adolescente, Layla- enfrentarse a una tormenta de confusión y vértigo, la cual habrán de cruzar a pecho descubiertos si desean aspirar a reencontrarse con una felicidad que ya es apenas un recuerdo lejano.

Desorientación vital, proyectos frustrados, crisis de pareja, el vacío dejado por los ausentes, amores imposibles, relaciones clandestinas, el pellizco de la enfermedad... un cúmulo de fardos se acumula sobre sus espaldas y sólo la reflexión valiente y el diálogo catártico les permitirá soltar lastre. Atento a captar los matices de las turbulencias que operan en sus mentes, el escritor recurre a un estilo impresionista, de escena al vuelo, frase corta, brochazo abierto a la interpretación. Su técnica se asemeja a lanzar sin descanso el sedal a las aguas turbulentas donde faenan los pensamientos de sus criaturas a ver qué pesca, ir abriéndose camino con un farolito intermitente por los jirones de niebla que van soltando las cuitas y dudas del cuarteto a medida que adquieren corporeidad en sus atribuladas cabezas. En la senda tradicional de la narrativa americana que explora los motivos para el desencanto de los seres corrientes y sus batallas

por alguna suerte de redención, Canty no acude a la ironía de un Updike, a la desnudez de un Carver o a la epifanía de tantos, esquivando también la tentación de sobrecargar de contenido metafórico el paisaje. Su labor consiste en penetrar en el laberinto con sus personajes y acompañarlos en busca de una salida mientras aspira a descifrarlos *Todo* lo humanamente posible. |